

dixo cada uno de estos 12 «Sabios sobre cada qual de los Articulos, que expresa en el prologo; hta. ~ la pag. 83» y luego prosigue así:

«Después que finó este Santo, y bien aventurado Rey Don Fernando, que ganó á Sevilla y á Cordova, atoda la Frontera de los Moros, Reynó el Ynfante D. Alfonso su hijo, primero heredero en estos Reynos de Castilla, y de Leon, y porque á poco tpo. ~ despues que este Rey D.<sup>n</sup> Alonso reynó acaeció grandes discordias por alguno de los Ynfantes sus hermanos, y de los sus Ricos Omes de Castilla, y de Leon, faciendo ellos todos vnos contra, este Rey D. Alonso; por ende embió el Rey por los grandes doze Sabios, y Filosofos, que embiara el Rey D. Fernando su Padre por haver su consejo con ellos asi en lo espiritual como en lo temporal, segun que lo ficiera el Rey su Padre, Ellos dijeronle sus Consejos buenos y verdaderos, de que el Rey se tubo por mui pagado, y bien aconsejó de los sus consejeros dellos, y esto asi acabado, dixeron al Rey estos grandes Sabios: Señor á nosotros parece, que en Sepultura de tan alto y de tan noble Rey como fué el Rey D. Fernando, vuestro Padre que tanto servicio fizó á Dios, y que tanto ennobleció y enriqueció los sus Reynos en el ganar y conquistar, como el ganó, y conque rió de los enemigos de la feé que la su Sepultura de este bienaventurado Rey vuestro Padre debe ser titulada de los dichos de cada uno de nosotros por que la su Santa, é buena memoria finque deel en el mundo para siempre.

»El Rey D. Alfonso agradeció mucho este su decir, por dellos se mober á tan honrrada obra como esta era; y rogades que les diesen por escrito los sus dichos, porque los ficiese poner despues en la su Sepultura de letras de oro mui ricamente orladas, segun que á el pertenecian. Estos Sabios dierongelo por escrito en esta manera:

»Y dixo el primero Sabio dellos: *mejor es tu fin que tu comienzo. El Segundo Sabio dixo: en la muerte fenecen los Saberes. El Tercero sabio dixo: fueste simple en la Vida con mucha bondad, é Sabio en la muerte. El Cuarto Sabio dixo: mas será tu remembranza que el tiempo de tu vida; El Quinto dixo: mayor servicio (á) es el tuyo que de los que conquistaron el Mundo. El Sexto Sabio dixo: non te queda ál de tu Señoria, si non del mandamiento que dixiste á los Sabios el bien que feciste. El octavo Sabio dixo: preciaste el saber, y siempre te loarán los Sabios. El Noveno Sabio dixo: feciste hermosa cosa, con pocos dineros. El Décimo Sabio dixo en la vida obiste la fermosura del, Cuerpo en la muerte mostraste fermosura de Alma. El undécimo Sabio dixo: mas conocido serás muerto que vivo; El duodécimo Sabio dixo: fasta aqui te loaban los que te conocian; y agora lo artehan los que te non conocen.*

»Luego pag. 84 siguen 54 «sentencias en verso, á manera de las que trae el Ynf<sup>te</sup> D. Juan Manuel en el libro del Conde Lucanor que anda impreso: y parece que son los consejos que estos doze Sabios dieron al Rey D. Alonso:

»aunque en la pag. 84» buelta, en medio de estas Sentencias, se dize así:

*So busto fizó Rey Alfonso estos versos.»*



#### EN UN ALBUM

Aprende, niña bella,  
que tan sólo es dichoso el que no olvida  
que, aunque no hay nada inútil en toda ella,  
no hay cosa más inútil que la vida.

CAMPOAMOR.



#### LA CARTERA

Vi en un Bazar hace un mes  
una cartera... hechicera.  
(Es decir, que era cartera,  
no lo supe hasta después.)

De una belleza tan rara  
era su aspecto exterior,  
que no había comprador  
que de ella no se prendara.

Más bien era chiquitina  
que grande, y casi es seguro,  
que aunque de color oscuro,  
tenía una piel muy fina.

Cualquiera que la mirase  
la hallaría superior.

En fin; era la mejor  
de todas las de su clase.

Mas con inútil empeño  
hacerla mía intenté,  
pues con pesar me enteré  
de que ya tenía dueño.

Turbadas mis alegrías  
por la cartera dichosa,  
no pensaba en otra cosa  
más que en ella en estos días,  
cuando ayer (¡quién lo dijera!)  
vi á mi cartero Severo  
con la cartera hechicera,  
¡y entonces supe yo que era  
la esposa de mi cartero!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.



#### EL TRABAJO

Óyeme, humanidad; escucha atenta  
las entusiastas notas de mi canto;  
mi voz escucha, que al cantar tus glorias,  
quiere llenar los ámbitos del mundo  
como una inundación, con las sonoras  
repercusiones de sus claros ecos.

Voy á cantar un himno á la grandeza  
de tu pasmosa actividad, y alzando  
el corto vuelo de mi escaso numen,  
con invisibles alas, de la altura  
inaccesible donde llega el ave,  
mi voz dirigiré. ¿Quién no te admira  
¡oh humanidad! cuando en triunfal carrera,  
coronada de gloria, te conduce  
tu genio creador? ¿Quién no bendice  
la sacrosanta idea que en el fondo  
se agita de tu seno, la sublime  
que á trabajar te mueve sin descanso?

Por ella puedes, con activa marcha,  
coger los frutos de tu rico ingenio;  
por ella puedes transformar el mundo  
en mansión de placeres y delicias,  
y hasta escalar la imponderable altura  
do resuenan las arpas celestiales  
en acordado son, que tanto puedes  
por la virtud sublime del trabajo.

¡Oh, sí, virtud hermosa! yo bendigo  
el inmenso poder de tu influencia,  
que ni tiempo limita, ni distancias  
para llevar hasta gloriosa cima  
las inmortales obras de los hombres.

Todo lo asumes tú, y tú eres todo:  
¿Qué sería del mundo sin tu ayuda?  
¿Qué el pensamiento, y qué la poderosa  
fuerza vital del hombre? Sólo fueran  
simulados salterios sin sonido,  
lenguas enmudecidas, tiernas flores  
en cavernosos antros, donde nadie  
puede aspirar su embriagador perfume.

Todo lo asumes tú: gloria, ventura,  
riqueza y bienestar, y hasta la misma

tranquilidad de la conciencia, viene  
por tu virtud sagrada. Tú eres todo,  
y por ti se hace todo: tú conduces  
como por cauce estrecho el manso río  
en rápida corriente, las familias,  
los pueblos y las razas: tú sujetas  
los bravos elementos, y transformas  
en bienhechor poder su ciega furia:  
tú construyes magníficos palacios  
que atraviesan los mares procelosos:  
tú descienes al fondo de la tierra  
y extraes sus riquísimas entrañas:  
tú perforas los montes, y en su seno,  
trazas caminos con segura mano:  
tú produces los frutos exquisitos  
alimento del hombre: tú le brindas  
cómodo albergue do reposo encuentra,  
y tú conviertes en mansión de amores  
la casa do nacemos y morimos.

¡Oh, virtud sacrosanta del trabajo!  
para cantar tu sobrehumana gloria  
es aún débil mi voz; tomar quisiera  
todas las notas del concierto grave  
dulcísimo y sonoro con que canta  
Naturaleza al Rey del Universo,  
y en sinfónica armonía reuniendo  
las dulces quejas de la brisa pura  
el rebramar del viento y de las olas,  
de las fieras hircanas el rugido,  
del vellón el balido quejumbroso  
y todos los sonidos más brillantes  
del mar, del aire, de la tierra y cielo,  
un himno formaría que expresara  
tu poder, tu virtud y tu grandeza;  
mas aunque débil el acento mío  
tus glorias cantaré, porque él te dice  
cuánto mi alma, llena de entusiasmo,  
siente por tí. ¿Quién puede, indiferente,  
no admirar tu poder? ¿Quién no se humilla  
ante tu genio creador? ¿Quién deja  
la humana vida sin rendirte culto?

Con alas invisibles revestido  
yo he subido á la cumbre de los cielos,  
y desde allí, mis asombrados ojos,  
la apoteosis han visto de tu gloria.  
Rodaba sin cesar nuestro planeta  
por inmensos espacios siderales,  
y en él la humanidad, sin dar un punto,  
reparador descanso á sus faenas,  
unas veces cantando, otras gimiendo  
y alzando al cielo sin cesar los ojos  
como sublime aspiración, cruzaba  
sendas angostas, hondos precipicios,  
altas montañas, simas insondables,  
campos yermos y páramos incultos,  
y con tu auxilio y tu virtud creadora  
transformaba en mansiones bienhadadas  
de aquellos sitios la aridez malhada.

Pueblos amontonábanse y ciudades  
sobre ruinas de pueblos que vivieron;  
allí la humanidad paraba un punto  
para gozar sus obras, y avanzaba  
y avanzaba siguiendo su carrera:  
destruía la ley de lo finito,  
las obras de los hombres, pero en vano;  
que así cual la materia, que no muere,  
que sólo se transforma, nuevos hombres  
presto nuevas ciudades levantaban.

Los siglos empujaban á los siglos  
entre sangrientas luchas y entre glorias,  
mas incólume, tú, de las cenizas  
del fuego destructor surgias luego  
infundiendo en los hombres tus virtudes  
y alentando su espíritu abatido.

Por ti las razas, con esfuerzo heroico,  
como á impulso de un soplo omnipotente,  
arrancaban del fondo del arcano  
los misteriosos velos; en la senda  
por do triunfantes su carrera hacían,  
brotaban flores; desde excelsa altura  
bañaba con sus limpidos destellos  
el cuadro encantador luz increada,  
y oíanse las voces celestiales  
con cadencioso ritmo en amplio coro,  
cantando á tu poder y á tu grandeza.

¡Oh, tú, virtud sagrada, oh Trabajo!  
¿quién atreverse puede á maldecirte  
si el Universo es la magna obra  
de tu inmortal laboración eterna;  
si el mismo Dios honrándole produjo  
la creación con majestad augusta?

Tu luminosa idea yo bendigo  
lleno de ardiente fe; yo te doy culto  
con la materia y con el alma á un tiempo...  
no puedo más. Prosigue tu carrera  
por soles y por mundos, inspirando  
tu virtud en los hombres: sigue, sigue  
con tu pasmosa actividad la marcha,  
que nada acabará en tanto exista